

Notas sobre la Naturaleza en «El siglo de las luces»

En la obra narrativa de Carpentier la Naturaleza americana aparece constantemente como un marco envolvente de los personajes; es en casi todos los casos el condicionante de las acciones y de la forma de vida de los hombres a los que rodea.

El Siglo de las Luces no podía ser una excepción, aunque debemos tener en cuenta que en este caso, forzado por el hilo de la narración, el autor se ha visto obligado a desarrollar la acción en ocasiones lejos de la Naturaleza americana, y que la presencia de este elemento no es tan claramente significativa como en las primeras narraciones del novelista cubano.

En esta novela la Naturaleza es un personaje más que, aunque no aparezca con constancia, está muy presente como una fuerza poderosa que domina a todo lo que rodea. Nos encontramos ante una de las novelas ya habituales en Hispanoamérica que refleja un mundo concreto: de la misma manera que se puede decidir que Rivera hizo la novela de la Selva, Güiraldes la de la Pampa y Arguedas la del Altiplano, Carpentier escribe la del Caribe; pero lo hace sin limitarse a unas fronteras geográficas o políticas definidas: abarca el mundo antillano completo, sin tener en cuenta sus distintas naciones.

El entorno físico de los personajes de la narración se podría dividir en varios apartados:

1. La Naturaleza presente como un espectáculo siempre vivo y cambiante frente a sus habitantes.
2. La Naturaleza como fuerza, normalmente enemiga del hombre cuando se siente atacada por él, o por sus propias características (meteoros).

3. Lo que podríamos llamar Naturaleza urbana, las ciudades en que se desarrolla la vida de los personajes; es la Naturaleza domada (aunque sus habitantes pueden ser hostiles).

La Naturaleza espectacular y cambiante aparece en seis capítulos con mayor o menor extensión: X, XXII, XXIV, XXVI, XXXIV y XLII.

En el X nos encontramos con las fastuosas descripciones de las maravillas del agua que Sofía saca con una red de los fondos marinos durante el viaje de huida por la persecución antimasonica del comienzo. En la primera vez que salen de la isla y todos se sienten eufóricos y alegres, creen continuar con las travesuras infantiles y comentan que es la primera vez que se sienten jóvenes.

La superficie del mar está llena de plantas y animales maravillosos, y lo mismo los fondos bajo las transparentes aguas¹:

«...un racimo de sargazos, cuyos frutos hacía estallar entre el pulgar y el índice; un gajo de mangle aún vestido de ostras tiernas; un coco del tamaño de una nuez, de tan esplendoroso verdor que parecía recién barnizado. Se pasaba sobre bancos de esponjas que pintaban pardos macizos en los fondos claros, bogándose entre cayos de arena blanca...»⁷⁸.

«El agua se había cubierto de medusas irisadas cuyos colores cambiaban al ritmo de las olas, quedándoles la constante de un azul añil orlado de festones rojos. El 'Arrow', bogando despacio, cortaba una vasta migración de aguamalas, orientada hacia la costa. Sofía, observando la multitud de esas criaturas efímeras, se asombraba ante la continua destrucción de lo creado que equivalía a un perpetuo lujo de la creación: lujo de multiplicar para suprimir en mayor escala...»⁷⁹.

«Y después de las medusas vinieron unos vidrios viajeros —rosados, amarillos, listados— en tal diversidad de colores reflejando la encendida luz meridiana, que parecía la nave dividir un mar de jaspe»⁸⁰.

Es un mundo fantástico en el que se mezclan los colores y los olores más sorprendentes, de un acusado barroquismo por acumulación de formas y matices. Todo lo envuelve esta atmósfera de fantasía, de magia («Esta nave misma tenía algo de mágico»...⁸⁰). Es un cosmos vivo y efervescente en el que todo está en perpetuo estado de mutación, de creación y destrucción inmediata; la Naturaleza se permite el lujo de engendrar continuamente porque continuamente destruye lo nacido.

Un mundo de contrastes en el que junto a «sandías hostiles, membrillos rastreros, de púas ocultas bajo mentidas tesuras —mundo desconfiado, listo a lastimar»...¹⁷⁶, encontramos otro delicado, grácil: «mundo de lo cámbrico, las selvas de corales con sus texturas de car-

¹ Todas las citas textuales están tomadas de la edición de Barral Editores, Col. Libros de Enlace n.º 52, Barcelona, 1970. El número que aparezca en ellas remite a la página de dicha edición.

ne, de encajes, de estambres, infinitas, y siempre diversas, en sus árboles llameantes, trasmutados, aurifiscentes»; ¹⁷⁷.

Esteban, que contempla este espectáculo maravilloso, cree ver en él la representación más inmediata, tangible, del Paraíso Perdido; a pesar de ello lo encuentra inalcanzable. Se queda en mero espectador sorprendido por lo fastuoso, por las playas de arena blanquísima en las que el mar depositaba los restos de los objetos manufacturados por el hombre, pero reelaborados con un resultado prodigioso:

«vidrios inventados en Europa, desconocidos en América; vidrios de botellas, de frascos, de bombonas, cuyas formas habían sido ignoradas en el Nuevo Continente; vidrios verdes, con capacidades y burbujas; vidrios finos destinados a catedrales nacientes (...), vidrios que, caídos de barcos, rescatados de naufragios, habían sido arrojados a esta ribera (...) pulidos con maña de tornero y de orfebre que devolvían una luz a sus matices extenuados» ¹⁷⁷⁻¹⁷⁸.

O ante otras playas no menos asombrosas por sus contrastados colores:

«playas negras, hechas de pizarras y mármoles pulverizados, donde el sol ponía regueros de chispas; playas amarillas, de tornadiza pendiente, donde cada flujo dejaba la huella de su arabesco, en un constante alisar para volver a dibujar; playas blancas, tan blancas, tan esplendorosamente blancas que alguna arena, en ellas, se hubiese pintado como mancha, porque eran vastos cementerios de conchas rotas, rodadas, entrechocadas, trituradas —reducidas a tan fino polvo que se escapaban de las manos como un agua inasible» ¹⁷⁸.

La vida está presente en todas partes, en continuo movimiento, enredada, confusa en un mundo de «peces-vegetales, de setas-medusas, de estrellas carnosas, de plantas errabundas, de helechos que según las horas se teñían de azafrán, de añil o de púrpura» ¹⁷⁸. Tan confuso es todo que el lenguaje ha tenido que modificarse, componer nuevas palabras con las antiguas para poder definir de alguna manera la ambigüedad de los conceptos que se quieren expresar; así nos encontramos con árboles llamados «acacia-pulseras», «ananás-porcelana», «madera-costilla», «escoba-las-diez», «primo-trébol», «piñón-botija», «tisana-nube», «palo-iguana»... ¹⁷⁹.

Y lo mismo ocurre con los animales: «peces-perros, peces-bueyes, peces-tigres, roncadores, sopladores, voladores, colirrojos, listados, tatuados, leonados, con las bocas arriba o las fauces a medio pecho, barrigas-blancas, espadones y pejerreyes; (...) el pez-vieja, el pez-capitán (...) y el pez-mujer»... ¹⁷⁹.

Pero el desconcierto se puede producir en la mente del lector porque los habitantes del fantástico mundo viven plenamente comprometidos:

«...nada era comparable, en alegría, en euritmia, en gracia de impulsos, a los juegos de las otinas, lanzadas fuera del agua, por dos, por tres, por veinte, o definiendo el arabesco de la ola al subrayarlo con la forma disparada. Por dos, por tres, por veinte, las toninas, en giro concertado, se integraban en la existencia de la ola, viviendo sus movimientos con tal intensidad de descansos, saltos, caídas y aplacamientos, que parecían llevarla sobre sus cuerpos, imprimiéndole un tiempo y una medida, un compás y una secuencia»¹⁷⁹.

En medio de lo maravilloso, aún puede surgir algo más extraordinario, más insólito:

...«el Acontecimiento (...), enorme, tardo, desusado, un pez de otras épocas, de cara mal ubicada en el extremo de la masa, encerrado en un eterno miedo a su propia lentitud, con el pellejo cubierto de vegetaciones y parásitos, como cascos sin carenar, que sacaba el vasto lomo en un hervor de rémoras, con solemnidad de galeón rescatado, de patriarca abisal, de Leviatán traído a la luz»,...¹⁸⁰.

El asombro de Esteban no es extraño, y se confunde en él con una vaga sensación de vértigo, de miedo o impotencia ante lo que contempla:

...«aquella Ciencia de las Formas desplegada durante tantísimo tiempo frente a una humanidad aún sin ojos para pensarla. ¿Qué habrá en torno mío que esté ya definido, inscrito, presente, y que aún no pueda entender?»¹⁸¹⁻¹⁸².

Sofía nos ofrece durante su viaje en busca de su amante una visión que, escalonada, llega a cotas más elevadas que las de Esteban, que se limita al asombro y a una acción de gracias al Dios creador de tanta maravilla. La mujer contempla ante sí un Caribe a veces misteriosamente vacío o infinitamente quieto, deshabitado, sobre el que el cielo cobraba una entidad extraordinaria con sus mitos reflejados en las configuraciones de estrellas, las constelaciones. Frente a ellas, en el mar se cruzan los viajeros con las huestes de medusas:

...«millares de yelmos jaspeados avanzaban hacia la nave, sombreando largos festones rojos que bajo el agua dibujaban las siluetas de guerreros extrañamente medievales, por su ineludible estampa de infantes lombardos vestidos de cotas agujereadas —que a tejido de cotas se asemejaban las hebras marinas encontradas por el camino y que traían atravesados, de hombro a cadera, de cuello a rodilla, de oreja a muslo, aquellos personajes, cruzados por astillas de luz, (...) El ejército sumergido se abría al paso del velero, cerrando sus filas después, en una marcha silenciosa, (...) hasta que las cabezas les reventaran bajo el sol y los festones se consumieran en su propia corrosión...»³⁰⁰.

Sofía lo ve habitado por colonias de seres en continua migración: «las Gorgonas, abiertas como alas de ave», «los dedalillos abiertos o cerrados», «los caracoles viajeros»³⁰⁰.

Un mar sensible que puede repentinamente tomar un aspecto frío y opaco y, poco después, tornarse en

«el País de las Fosforescencias, con sus luces venidas de lo hondo, abiertas en aventadas, en regueros de fulgores, dibujando formas que recordaban el ánora y el racimo, la anémona o la cabellera —o también puñados de monedas, luminarias de altar, o vitrales muy remotos, de catedrales sumergidas, caladas por los fríos rayos de soles abisales...»³⁰¹.

La mujer se siente plétorica de fuerza, de posibilidades, ante el espectáculo del Caribe. En ella se despiertan los sentidos —atrofiados antes por la permanencia en la casa habanera— y vive una existencia voluptuosa, llevada únicamente por las más inmediatas exigencias, «entregada sin más reflexiones a todo lo que le entrara por los poros»³⁰²⁻³⁰³: luces, colores, olores, movimientos, sabores...

En el capítulo XXII, con motivo de los viajes de Esteban por la Guadalupe en funciones de escribano, nos encontramos de nuevo con la Naturaleza, pero ahora las descripciones se refieren a la flora del interior, a las selvas de la Basse-Terre. En ellas descubre el joven un mundo (nuevo para él, por el encierro de su antigua enfermedad) lleno de fragancias y de colores, que le incita a la pequeña gran aventura de escalar un árbol. Es el mundo del Árbol y lo que predomina en él es el movimiento; las plantas parecen tener una existencia zoológica que les da una vida impropia, que les permite desarrollar los ciclos de vida constantemente de una manera casi animal. Y lo que preside este mundo de una manera absoluta es el sonido, los mil rumores provocados por los agentes más insignificantes, como puede ser una ligera brisa. Sonido que se convierte en música al recibir la lluvia, lo que da como resultado la maravillosa Sinfonía de la Naturaleza:

...«un potente y vasto rumor, en tiempo maestoso, tan prolongado como un prelude de sinfonía, anunciaba de lejos el avance del turbión, (...) y, de repente, era la caída de lo gozoso y frío, hallando distintas resonancias en cada materia —dando la afinación de la enredadera y del plátano, el diapasón de lo membranoso, la percutiente sonoridad de la hoja mayor (...) El viento imponía sus tempos a la vasta sinfonía»...¹⁶⁶⁻¹⁶⁷.

Así es la Naturaleza Antillana que nos presenta Carpentier: en el mar, olores, colores, y todo presidido por el movimiento continuo; tierra adentro, fragancias, matices dentro de gamas y, sobre todo, el *sonido*.

También con Esteban en el capítulo XXVI tenemos ocasión de contemplar otro aspecto maravilloso de la Naturaleza. Pero ahora es desde otro punto de vista: a partir de la descripción del Golfo de Santa Fe, se nos da una visión general de las islas antillanas, de su diversidad de formas y su configuración geográfica. Esteban encuentra en el goifo «un estado previo de las Antillas —un anteproyecto (...) en miniatura»¹⁹⁷. Las pequeñas islas son como bocetos de las islas mayores:

«Ninguna de esas islas era semejante a la siguiente y ninguna era constituida por la misma materia. Unas parecían de mármol blanco, perfectamente estériles, monolíticas y lisas, con algo de busto romano hundido en el agua hasta los hombros; otras eran montones de esquistos paralelamente estriados, (...) Algunas estaban tan socavadas por el trabajo de las olas que parecían flotar sin punto de apoyo aparente; otras eran roídas por los cardos o arruinadas por sus propios derrumbes. En sus flancos abríanse cavernas (...) alguna forma rara, geométrica, aislada, montada en zócalo —cilindro, pirámide, poliedro— (...) materialización de algún culto abstracto»¹⁹⁶.

Esteban les va dando nombre a cada una: «Isla del Ángel, Isla Gorgona, Esfera Trunca, Yunque Encarnado, Isla Blanda, Islas Andrajosas, Isla Condenada»...¹⁹⁶⁻¹⁹⁷.

Es el mundo de las formas, de la geometría puesta al servicio de la estética por la acción involuntaria de las fuerzas naturales. Es este un medio armonioso; si no sereno, al menos perfectamente cíclico y equilibrado. Pero el ambiente se puede tornar hostil y en ese caso sus fuerzas pueden atacar e incluso aniquilar a los hombres y a sus obras.

Las fuerzas de la Naturaleza tropical, desatadas en forma de ciclón son las que en el capítulo VII actúan sobre La Habana; pero los habitantes de las islas ya están acostumbrados y lo aceptan como algo normal, habitual, que se produce una vez cada año (por eso lo llaman 'el Ciclón', en concreto). Los protagonistas se disponen a reforzar las puertas y ventanas de la casa, ya acondicionada para estos ataques y lo hacen con la mayor naturalidad.

El huracán causa daños en la mansión, pero no son irreparables. Se ha presentado en forma de rachas de viento, cargadas de agua marina y sin ritmo, con algunas pausas silenciosas e irregulares. Provoca inundaciones y se lleva una parte del tejado de la casa, pero sin graves desperfectos. El verdadero huracán se produce en el interior de la habitación de Sofía, porque es en estos momentos cuando Víctor intenta violarla, lo que provocará un cambio radical en la vida de la muchacha.

También en el capítulo XXVI nos encontramos con una tormenta, esta vez es en el mar. La escuadra corsaria con la que viaja Esteban se ve sorprendida por una tromba de agua. Los marineros adoptan también una postura tranquila ante la cercanía del meteoro; pero luego, al ser arrastrados sin control por la superficie del mar, es cuando se aterrorizan (Esteban el primero) y como último recurso comienzan un cántico a la Virgen del Perpetuo Socorro. Ante las fuerzas sobrehumanas de la Naturaleza desatada, el hombre se ve obligado a pedir la ayuda de las sobrenaturales, de las divinas (aunque esto se pueda interpretar como una contradicción por la supuesta ideología ilustrada y revolucionaria de los marineros).

La Naturaleza Antillana también aparece en la novela como una especie de guardiana de su propia virginidad; no permite que el ser humano la utilice con facilidad o que la destruya impunemente. Así les sucede a los deportados franceses en Cayena: se encuentran rodeados de un medio hostil al que no saben cómo enfrentarse; lo hacen a la manera europea y los resultados que obtienen son catastróficos. Ocurren estos hechos en los capítulos XXIX y XXXI, el primero en Cayena y el segundo en Sinnamary:

...«un mundo triste, agobiado, donde todo parecía diluirse en sombras de aguafuerte. (...) Todo era mediocre y uniforme»²¹³.

A este infierno fueron enviados los deportados y nunca lograron adaptarse a sus nuevas tierras y sistemas de cultivo. Dice uno de ellos:

...«fuimos traídos a esta Guayana donde el suelo habla un lenguaje desconocido. Hombres del abeto y del arce, de la encina y del abedul, nos vimos aquí donde cuanto brota y retoña es engendro maligno; donde la labranza de hoy es malograda, en una noche, por la obra del Diablo. Acá, señor, la presencia del Diablo se manifiesta en la imposibilidad de establecer un orden»²¹⁶⁻²¹⁷.

Es una Naturaleza que necesita su método de acercamiento; si no, el hombre será dominado por ella hasta su aniquilación total.

Cuando los deportados llegan a la colonia pretenden organizarse en comunidades absurdas por las circunstancias, inspiradas en las teorías de Juan Jacobo Rousseau y, antes de que consigan la primera cosecha, ya están carcomidos por las enfermedades tropicales, lo han perdido todo por la lluvia torrencial o han muerto por obra de los animales salvajes. Por otra parte, tampoco podían contar con la ayuda de los habitantes de la zona, de los que recibían continuas amenazas por considerarlos unos regicidas y asesinos del pueblo francés.

El mismo desajuste entre la Naturaleza y las intenciones del hombre será lo que hará a Sofía desilusionarse aún más cuando ve a Víctor empeñado en construir en plena selva un palacio como los de Francia, sin tener en cuenta que, al menor descuido, la vegetación vecina invadirá los jardines y las plantas irán destruyendo, piedra a piedra, las construcciones (capítulo XLV).

La Naturaleza ya dominada, urbana, está presente en las descripciones de las ciudades que visitan los personajes a lo largo de la novela.

Aparte del París animado, colorista, carnavalesco, al que llegan los nuevos revolucionarios, se habla de La Habana, Paramaribo y Bridgtown principalmente.

Se describe la capital cubana, aunque sin nombrarla, en el capítulo I y se menciona también en el XII y XXXV. Aparece así:

...«miraba la ciudad, extrañamente parecida, a esta hora de reverberaciones y sombras largas, a un gigantesco lampadario barroco, cuyas cristalerías verdes, rojas, anaranjadas, coloreaban una confusa rocalla de balcones, arcadas, cimborrios, belvederes y galerías de persianas»¹¹.

Es una ciudad en la que el aire está quieto, suspendido y, cuando sopla la más ligera brisa, suenan «las arañas y girándulas, las lámparas de flecos, las cortinas de abalorios, las veletas alborotosas, pregonando el suceso»¹¹.

A pesar de la gracia y el colorismo habanero —que es, según Carpentier lo que más admiraban los forasteros— sus habitantes se ven perseguidos continuamente por el barro, los olores —sobre todo el del tasajo— y las moscas. Aunque estas presencias no pueden ocultar los «mármoles preciosos y finos alfarjes de rosáceas y mosaicos —de rejas diluidas en volutas tan ajenas al barrote que eran como claras vegetaciones de hierro prendidas de las ventanas»¹².

Ni pueden ocultar los olores marinos, los de los almacenes (cebollas, azúcar, café...), ni los de las viejas casas (arcillas, musgos, leña, aceite, etc.).

Desde lejos, Esteban la recuerda

...«en colores de aguafuerte, con sus sombras acentuadas por la excesiva luz de lo iluminado, con sus cielos repentinamente cargados de truenos y nubarrones, con sus calles angostas, fangosas, llenas de negros atareados entre la breca, el tabaco y el tasajo»⁹³.

Es una visión de la monotonía tropical frente a los cambios estacionales europeos, de la que La Habana sale marcada por los colores grises, negro y marrón, con grandes contrastes.

Frente a esta visión, nos encontramos con la de la alegre Paramaribo:

...«una ciudad pintada y adornada para una gran fiesta —ciudad con algo de kermese flamenca y mucho de una Jauja tropical. Una abundancia de bodegón parecía haberse derramado en las avenidas sembradas de naranjos, tamarindos y limoneros, con sus rientes casas de hermosa madera»²³⁹⁻²⁴⁰.

Todo en ella es vida y movimiento, matices y colores de la mayor variedad:

«En las tiendas de comestibles, junto a la carnicería donde ofrecíase la carne de tortuga junto al pernil tachonado de ajos, habían reaparecido las maravillas (...) de la cerveza Porter, los espesos jamones de Westfalia, las anguilas y salmonetes ahumados, las anchoas en escabeche de alcaparras y laurel, y la máscara mostaza de Durham»²⁴⁰.

Es una ciudad refinada y lujosa con sus «barcas de proa dorada y fanal en popa, con sus remeros negros de taparrabos blancos, zaguando entre toldos y doseles de sedas claras o terciopelo de Génova»²⁴⁰.

Las mismas sensaciones encontrará Sofía a su llegada a Bridgtown (cap. XLII). Una ciudad alegre, de casas pequeñas con ventanas diminutas de las que la vida sale bulliciosa.

En todos los casos, lo mismo en la selva que en el mar, los protagonistas sienten una inmensa sensación de libertad al ponerse en contacto con la Naturaleza. En Carpentier el encuentro con la Naturaleza antillana es siempre un motivo de liberación.

El mundo del Caribe que encontramos en la novela está siempre trascendido de unas implicaciones artísticas que el autor ha recalcado de una manera genial: todo está dominado por el color y el movimiento, pero, en el mar, ese color y ese movimiento se armonizan hasta el punto de conseguir una asombrosa sensación de danza perpetua; las selvas tropicales están presididas por el sonido, por la música; las configuraciones geográficas parecen responder a una intención escultórica por parte de la Naturaleza; y, en las ciudades, nos encontramos ante cuadros llenos de color, de vida, que oscilan entre las composiciones de escenas populares y los bodegones más abigarrados (aparte, claro está, de su propia y peculiar arquitectura).

Danza, música, escultura, pintura y arquitectura: una Naturaleza resumen de las más importantes artes, una síntesis de las ideas estéticas de la Humanidad.

Ante esta concepción del mundo, ante este estilo depurado y barroco, resulta facilísimo hablar de «lo real maravilloso» en la novela de Alejo Carpentier.

Jesús BENÍTEZ VILLALBA
Universidad Complutense. Madrid
(España)